

Cuadernos del Sur

Año 19 - N° 35

Mayo de 2003

NUEVAS DIRECCIONES

www.cuadernosdelsur.org.ar
info@cuadernosdelsur.org.ar

Rodney 171 D° 77 (1427BNC) Buenos Aires, Argentina

Tierra  fuego
del

Breve diccionario de la actualidad (no solo) argentina

(Traducción: Eduardo Grüner)

Nota Bene: Lo que sigue no es más que la traducción (probablemente muy imperfecta) de un fragmento de Dictionario Enciclopédico encontrado por arqueólogos entre las ruinas de un antiguo país, en una lengua ideográfica de muy dificultosa reconstrucción. De todas maneras, nos ha parecido útil hacer conocer estos restos, en tanto los consideramos ilustrativos de un célebre *dictum* de un oscuro pensador de Tréveris del siglo XIX, quien afirmaba, aproximadamente, que la Historia, en tanto Tragedia, tenía la tendencia a repetirse, pero la segunda vez como Farsa (si bien algunos proponen otras traducciones del término, tales como “comedia”, “parodia” o “sarcasmo”, lo cual no es poca diferencia, ya que esos diferentes géneros discursivo-literarios producen, como es obvio, diferentes efectos de lectura), pero que también sugería, como connotación de esa frase, que alguna vez, para poder realmente *reirse* de ella, había que tomarse la farsa *en serio*. Está de más aclarar, por lo demás, que el traductor, asumiéndose desde ya como *responsable* de la traducción, no puede ser imputado como *culpable* de los conceptos.

multitud (lat. *multitudo* / *multitudine*): palabra súbitamente puesta de moda –a partir exactamente del 20 de diciembre del 2001, fecha en la cual se presume que habría emergido de la Nada la porción de realidad por ella nombrada– entre sociólogos, politólogos y activistas políticos (especialmente del movimiento estudiantil anarco-espontaneísta) argentinos. Dícese de un apre-



tujamiento heterogéneo, heteróclito, heteronómico y heteroglósico de sujetos/as que realizan actividades varias y colectivas de desorden público, resistencia cultural y desobediencia civil, no inmediatamente inteligibles ni clasificables por las ciencias sociales, ni por las naturales o “exactas”, tales como las denominadas “cacerolazos”, “escraches”, “asambleas”, “piquetes”, etcétera. Originariamente, el concepto proviene del *Tratado Teológico-Político* del filósofo holandés Baruch de Spinoza (siglo XVII), que sindicaba a la *multitudo* como “nuevo sujeto histórico” (claro está que esta traducción del latín spinoziano, debida al desconcierto jergoso de los cientistas sociales de fines del siglo XX, es apenas aproximativa) de una democracia radical (en el sentido anglosajón de *radical*, con acento en la primera *petite* “a”), o también democracia absoluta, incluso *absolutista*, ya que es entendida no como régimen de gobierno –que podría ser de cualquier naturaleza, aún monárquico– sino como *praxis* política permanente de la totalidad de los ciudadanos. En la literatura teórica reciente, el concepto fue hecho célebre (y celebrado) por el autonomista italiano Antonio “Toni” Negri, que lo ha complicado innecesariamente con componentes tomados desde Maquiavelo hasta Deleuze y Badiou, pasando por Hegel, Marx, Gramsci y Carl Schmitt, cuando ya en Spinoza quedaba perfectamente claro de qué diantres se estaba hablando. A saber: de una tensión no sintetizable o “dialéctica negativa” (el término, muy posterior, es de Adorno, pero viene bien) entre lo Uno y lo Múltiple; o, en otras palabras, entre la unidad abstracta dada por un objetivo totalizador aunque circunstancial del colectivo que se pone en acción, y los intereses individuales, singulares, concretos y/o inmediatos de los individuos que componen dicho colectivo, que pueden, en el límite, ser contradictorios entre sí; como dicha “tensión” es en principio *indecidable* (como se dice ahora, pero no en la época de Spinoza, tiempo feliz en el que los intelectuales tomaban decisiones), las acciones de la multitud son espontáneas e imprevisibles. O sea, no se sabe para dónde van a rajar / por dónde va a saltar la liebre / dónde está la madre del borrego / en qué cancha se van a ver los pingos / cuándo van a aparecer los monos con navaja, y otras metáforas de similar cuño animalesco –todas ellas anteriores al famoso “aluvión zoológico”– utilizadas en las mismas latitudes en que la noción de *multitudo* es actualmente tan *fashion*, y tendientes a demostrar que allí ningún político tiene la vaca atada, para seguir en la misma línea prosopopéyica. En otra literatura teórica reciente, esta categoría ha sido prolijamente hecha trizas por Juan B. Ritvo, quien con buenas razones la califica de “fiestera”, lo cual desde luego no forzosamente la descalifica, aunque sí revela (para esta perspectiva teórica) su perfecta inutilidad política. Agreguemos que la inne-

cesaria complejización del concepto aludida *ut supra* ha recibido últimamente su merecido castigo, a manos de un sedicente aunque ignoto discípulo del “Toni” Negri, un tal Paolo Virno, columnista del endeudado matutino Clarín / 12, que buscando volver a simplificarlo (aunque, hay que decirlo, sin lograr acceder a la lúcida sencillez del maestro Baruch) ha conseguido eliminar de su seno toda remisión a cosas como la “clase”, la “nación”, el “Estado” y similares vetusteces superadas por una Historia en franca agonía, y retrotraerlo a la “gente” (lat. *gens*) del erudito Prof. Grondona, cuando no a la venerable Doña Rosa (lat. *rosa* / *rosae*) del Lic. Neustadt (a quien ya en su momento Jorge Luis Borges acusara de llamarse, en realidad, “Villanueva”, pero esa es otra historia). Asimismo, según el profesor escocés John Holloway, es la acción como ya dijimos indeterminable de las multitudes anónimas la que permitiría –según una fórmula que a principios del siglo XXI se hizo canónica– “cambiar el mundo sin tomar el poder” (muchos analistas de la época, seguramente poco sensibles a la sutil dialéctica subyacente a tal fórmula, interpretaron la misma como un llamado objetivo a dejarles el poder... a los que ya lo tienen). Con todo lo cual, como debería resultar obvio, el concepto ha quedado completamente vaciado de todo el contenido político con el cual había sido acuñado por Spinoza, y que aún conservaba en Negri, *malgré* sus sofisticaciones postestructuralistas, y ha por consiguiente ascendido al rango de “significante vacío”, apto tan sólo para que el Prof. Ernesto Laclau llene un próximo libro de 500 páginas, que por suerte –puesto que Laclau escribe en Londres– no podremos comprar, siendo lo que son los precios de la cultura importada. Pero de nuevo nos estamos desviando. Sea como sea, sí queda claro a esta altura que la noción de “multitud” debe distinguirse rigurosamente de otras aparentemente conexas aunque más frecuentadas por la literatura socio-antropo-historio-psico-politológica, como masa (colectivo unificado por una doble identificación horizontal –de los sujetos entre sí– y vertical –del conjunto con un líder personal o ideal, que puede ir desde Cristo al general Seineldin, pasando por los Redonditos de Ricota (lat. *riccota* / *riccota*)–, horda (que es una especie de masa, reputada por el Dr Freud como más primitiva, y a cuyos miembros no nos une el amor sino el espanto, además del impulso irrefrenable de matar al Jefe y después sentirse culpables y obedecer sus mandatos, fundando la llamada “retroactividad de la Ley” (y demostrando de paso que, aunque parezca raro, es la transgresión la que instaura la norma y no al vesre), serie (término inventado por el filósofo Jean-Paul Sartre para denominar a los colectivos efímeros que tienen un objetivo inmediato común pero entre cuyos miembros no hay vínculos cooperativos ni solida-

rios; el ejemplo *princeps* es la cola del Banelco, pero a nivel *macro* es el modelo de sociedad ideal del individualismo liberal). Como puede observarse, ni la “masa” o la “horda” (que son pura unidad indiferenciada), ni la “serie” (que es una pura diferencialidad desunificada) pueden ser asimiladas a la “multitud” (que es impura unidad diferenciada o diferencia unificada, aunque no se nos pregunte cómo se las arreglan Spinoza o Negri para explicar esto). Lo que sí comparten todos estos conjuntos es su carácter estrictamente *irrepresentable* por el sistema político parlamentario clásico (tan irrepresentable, en todo caso, como la ilustrada voluntad general de Rousseau, de la cual ya nadie parece acordarse); en efecto, ningún criterio de representación (*ver*) alcanzaría para contener ni la unidad absoluta de la masa-horda, ni la serialidad dispersa del uno-por-uno de la serie, ni los desajustes del Uno-Múltiple de la multitud. Ahora bien: como las entidades que sí serían tradicionalmente representables (la clase, el pueblo o la nación, por ejemplo) han caído en desuso desde hace algunos años, los científicos sociales –sumidos en la más absoluta de las confusiones– han terminado optando por declarar que lo que solía llamarse “sociedad” (ni hablemos de la argentina) es algo completamente contingente, incognoscible, imprevisible y, en el límite, imposible (lo que no han declarado es de qué piensan ocuparse ellos de aquí en adelante: esperemos que de nada). Los más desesperados, incluso, llegan a adoptar para esos conceptos la consigna que han acuñado las multitudes para los políticos y similares: que se vayan todos (*ver*).

que se vayan todos (lat. *totus prestamente vafangulum sunt*): sintagma acuñado en las márgenes occidentales del Río de la Plata, y con frecuencia complementado con la frase –semánticamente redundante y políticamente incorrecta, ya que sólo alude al género masculino– “que no quede ni uno solo”. Originalmente, según ciertas investigaciones filológicas, la expresión habría nacido en las canchas de fútbol, para indicar la disconformidad de los hinchas con el estilo de juego desarrollado por su equipo, y su voluntad de que los jugadores sean reemplazados por las jóvenes promesas de los así llamados “semilleros”, quienes supuestamente tienen mejor puesta la camiseta (metáfora epocal por cierto bastante enigmática) y aún no han sido corrompidos –¿o se dice “corruptos”?– por el dinero, el prestigio, el interés de





clase o el poder. Trasladada al ámbito de lo político, la frase parece expresar más o menos lo mismo, a saber el deseo de las multitudes (*ver*) de que los actuales funcionarios, en todos sus niveles de responsabilidad político-administrativa, se vayan a la mierda y le dejen la cancha a otro tipo de jugadores: por ejemplo, las gorditas con inclinaciones místico-mesiánicas o los honestos vendedores de libros, de lo cual puede deducirse una interesante vocación popular de sustitución de la política por la religión y la cultura (y también por la comida, un bien cada vez más escaso en las regiones en las que se ha vulgarizado la expresión de marras). Ciertos estudiosos, profundizando en el análisis semiótico del sintagma, han interpretado que el mismo “connota” lo que se denomina una grave “crisis de representación” (*ver*). Por su parte, algunos filósofos políticos, siguiendo tardíamente —como es su costumbre— a los comentaristas deportivos, afirman que la exhortación carece totalmente de eficacia real, ya que no sirve para nada cambiar a los jugadores si previamente no se ponen en serio debate las reglas del juego, puesto que con las mismas reglas los nuevos jugadores no podrían hacer nada sustancialmente diferente. Para colmo, en un reciente Congreso Global de Gramática Española, sostenido en Rejkjavik (Islandia) se ha desarrollado una profunda discusión (que por supuesto no ha llegado a conclusión alguna) sobre la verdadera naturaleza sintáctico-semántica del sintagma, y en particular sobre el semantema inicial “que”: en efecto, en tanto el enunciado no adopta inequívocamente el modo imperativo (no dice, por ejemplo, “¡váyanse todos!”) podría interpretarse como un ruego, un pedido o simplemente una irrealizable expresión de deseo, del tipo “(por favor / Dios quiera / ojalá / hágase la voluntad del Señor) que se vayan todos”. Finalmente, un calificado equipo de etnógrafos ha discutido recientemente la falta de eficacia aducida por los citados politólogos, si bien admitiendo un desplazamiento del público receptor de la frase. Efectivamente, la admonición parece después de todo haber tenido muy concretas consecuencias materiales, a juzgar por las largas colas de suplicantes que se podían observar hasta no hace mucho a las puertas de las embajadas de Italia o España. Esto había despertado en la “clase política” fundadas esperanzas en que, una vez despojado de sus habitantes —ya fuese por inanición o por autoimpuesto ostracismo— el país se tornara por fin “gobernable”.

representación (lat. *representatio*): dicese –o por lo menos lo dice Ernst Kantorowicz en su muy erudito texto *Los Dos Cuerpos del Rey* – de ciertas efigies, normalmente talladas en madera, que se colocaban sobre el féretro del Rey muerto en las procesiones medievales, ya que por obvias razones (la técnica de conservación de los cadáveres estaba en la época mucho menos desarrollada que entre los antiguos egipcios) el cadáver regio no podía ser expuesto a la mirada de los súbditos, so pena de que su estado de putrefacción *real* se trasladara a su significación *simbólica*, afectando la eficacia de los emblemas de poder. La crónica histórica registra un par de ocasiones en las que por accidente el féretro cae al suelo y se rompe, exhibiendo el cuerpo en avanzado estado de descomposición, con las consiguientes perturbaciones sociales y políticas derivadas de esta “caída” de las referencias simbólicas. El asco y el odio provocado por semejante derrumbe de la *representatio* explicaría la frecuente así llamada “iconoclasia” de las situaciones revolucionarias o insurreccionales, en las cuales las multitudes (ver) rebeldas suelen empezar por destrozar las estatuas, quemar los retratos o incendiar los edificios que oficiaban de emblemas del poder del antiguo régimen. Ahora bien: hay quien afirma que todo esto describe adecuadamente lo que estaría sucediendo en la República Argentina a partir del 19 de diciembre del 2001: la exhibición desnuda de la *descomposición* del “cuerpo” social de la nación provocada por los efectos de la “globalización subordinada” y el “capitalismo salvaje”, con su consecuencia de destrucción de las categorías sociales “representables” por el sistema político (llámense “pueblo”, “ciudadanía”, “clase”, etcétera) habría hecho caer la eficacia simbólica de todos los criterios de representación, que ya venían siendo cuestionados por su alienación respecto de ese mismo cuerpo social, cuando no su directa complicidad con las clases dominantes beneficiarias del proceso. El colapso de esas categorías simbólicas, de esos “representables” que *ya eran* “representaciones” (puesto que en efecto, nadie ha visto nunca, empíricamente hablando, a un “pueblo”, una “ciudadanía” o una “clase” caminando por la calle) habría operado un retorno de los *reales* irrepresentables (las multitudes, masas, hordas y demás), de modo que la así llamada “crisis de los representantes” sería ante todo una “crisis de los representables”, incluyendo ese “representable” principal de toda lógica económica llamado “proceso de producción” y su representación en el equivalente general del poderoso caballero Don Dinero, hoy reducido a impotente lacayo. De allí que la invocación a un que se vayan todos (ver) que suponga un mero recambio del personal institucional, o incluso la convocatoria a una Asamblea Constituyente que cambie las reglas del juego de la representación política no aparezca

como suficiente para dar cuenta de la profundidad del problema. Toda la cual explicación es muy plausible y no carece de cierta elegancia académica (o “profesoral”, según fue calificada en una de las reuniones de redacción del presente Diccionario), pero a decir verdad, no sirve para nada. La sencilla y más que obvia constatación de que la sociedad argentina está sumida en una crisis de enorme envergadura que por otra parte está muy lejos de ser la primera de su historia, sin que ninguna de las anteriores (incluyendo guerras civiles, golpes militares, rebeliones populares de todo tipo, insurrecciones armadas de todo signo, desaparición de decenas de miles de personas, conflictos bélicos con potencias de la NATO, obediencias eternas e indultos indebidos, casas en desorden y pascuas infelices, procesos hiperinflacionarios, décadas de liquidación de las ruinas paródicas de soberanía nacional, pasajes a la más absoluta miseria de la mitad de la población y otras yerbas de varia especie) haya provocado semejante grado de histeria colectiva y calificaciones apocalípticas, esa mera constatación, decíamos, no explica por qué *esta vez sí* la “crisis de representación” nos habría conducido al “borde del abismo”, al “caos” y al “Armageddon”, en un país cuyo sistema político ha estado prácticamente durante toda su historia (con brevísimas excepciones) viciado de legitimidad desde el propio diluvio del 25 de mayo de 1810, ya sea que en aquélla fausta fecha se hubieran o no ya inventado los paraguas, como discuten nuestros historiadores de las mentalidades con su acostumbrada sensibilidad para los temas realmente prioritarios. No falta quienes sospechen que semejante retórica apocalíptica sólo puede ser tributaria de cierta hegemonía ideológica imperante desde aproximadamente 1983, según la cual el ejercicio de la democracia se limita al consenso sobre el sistema de representaciones ya existente, cuya crisis o estallido impediría la existencia de la democracia *tout court*, conclusión perfectamente lógica dadas sus premisas silogísticas.

elecciones (lat. *electio cum putrefactio delenda est*): llámase así a un ritual pe-r-iódico que ciertas culturas arcaicas se empeñan en conservar en su pura formalidad y sin revisar lo que en épocas aún más arcaicas se solía llamar “bases materiales”, pese a su probada inutilidad para mejorar las cuestiones esenciales, y que suele estar acompañado por infinitas dramaturgias tendientes a demostrar que *esta vez sí* las cosas serán diferentes, que *esta vez sí* aparecerá el movimiento “progre” que inventará esa “nueva forma de hacer política” que finalmente *no fue* la de: 1) Frondizi; 2) Cámpora; 3) Alfonsín; 4) Alende; 5) Chacho y/o Graciela; 6) Zamorita; 7) ¿Lilita?; 8) Etcétera –porque que hay otros que vendrán, los hay–. Hay también, en el campo de

la antropología de las religiones, quienes nos explican que cada retorno del ritual sirve para renovar las expectativas de las multitudes (*ver*) en que finalmente podrá ser fundada una nueva ecclesia (griego, *polis*), y que ese solo reverdecir de las creencias alienta efectos políticos impredecibles –o “indecidibles”, como dicen los *ex-post* estructuralistas– con los que es imprescindible contar para diseñar la gran estrategia emancipadora que, contra el ALCA y más allá del MERCOSUR, puenteando Lulas y Locoschavez, nos llevará de una buena vez al paraíso de los Estados Unidos Socialistas de América Latina –como se dice que alguna vez, en otra era geológica, propuso el “Colo” Ramos–, conformando el bloque que permitirá enfrentar al Imperio con considerable mayor eficacia que las desplegadas por Afganistán e Irak. Y bien, todo puede ser en esta vida. Después de todo, la movilización de las multitudes producida como efecto de la crisis de representación (*ver*) no tuvo tiempo –y analistas particularmente escépticos agregan que tampoco tuvo la habilidad, o siquiera el deseo– de construir la célebre “alternativa” que todos los que no tenían por qué irse preconizaban, mientras se aplicaban prolijamente a destruirla en su propio embrión, subordinando ese proyecto a trascendencias considerablemente mayores tales como las “internas” de la IV Internacional o algo por el estilo. Faltando esa alternativa que pudiera dar alguna clase de expresión más identificable a la propuesta “Que se vayan todos” (*ver*) las masas –como podía fácilmente anticiparse– se replegaron sobre los códigos y sistemas de representación ya conocidos (la política, como se sabe, tiene horror al vacío) y en buena medida legitimaron las *verdaderas* “novedades” que presentaba el retorno del ritual aludido, como por ejemplo al *shaman* de turno Ricardo López Morfi (lat. *Rega/Regae*). De todos modos, los más optimistas –a la fuerza– respiraron aliviados, y no sin sus razones, al comprobar que se había logrado ahuyentar lo peor (ritual de exorcismo que los etnógrafos denominan apotropeico) para quedarse simplemente con lo muy malo. Lo cual es, desde ya, perfectamente defendible como sentimiento, aunque debería mover a la reflexión de todos los que –dando por descontado que el deseo de que se vayan todos nada tenía que ver con ellos– dedujeron con soberbia epistemológica tanto como política que los disturbios llamados del “19/20” inauguraban el nuevo Milenio Prerrevolucionario, y que por supuesto ellos esta-





ban destinados a conducir al pueblo elegido hasta las riberas rebosantes de miel y leche del Jordán (sin embargo, los redactores de este Diccionario deben confesar que no creen que esa reflexión –en otros tiempos denominada con el aporético título de “autocrítica”, con lo cual habitualmente se quería decir que se iba a seguir procediendo con el mismo estupor pero ya perdonados de antemano por la correspondiente Iglesia– vaya a producirse antes de la Segunda Edición del mismo, pauta para los inicios del siglo XXII). Dicho sea esto, no hace falta aclararlo, con todo respeto por el sacrificio y espíritu militante de los sujetos antedichos, que deben ser rigurosamente diferenciados de aquéllos para quienes las “masas” lo son simplemente “de maniobras”: pero los autores de este Diccionario no pueden por menos que reconocer que el respeto y la solidaridad no obstan –más bien al contrario, *obligan* – a una polémica franca y frontal. Por similares razones, ello no debería implicar que aquéllos aún capaces de cierto pesimismo de la razón pierdan su optimismo de la voluntad, orientado a, por lo menos, reconducir la Farsa a su estado originario de Tragedia.

Sartre, Jean-Paul (ver) (1905-1980): filósofo, escritor y pensador francés, hoy en día prácticamente desconocido, y del cual en esta nuestra última entrada al Diccionario nos limitaremos a citar un breve párrafo: *“El mundo de hoy se nos aparece horrible, malvado, sin esperanza. Esta es la tranquila desazón de un hombre que morirá en ese mundo. No obstante, es justamente a eso a lo que me resisto. Y sé que moriré esperanzado. Pero es necesario crear un fundamento para la esperanza”*